

I

En la primera vida aprendes pocas cosas, chico. Sólo ocupas tu tiempo estando cerca de (y comiendo de) tu madre, así que no suele darte tiempo a vivir realmente. Luego comes algo en mal estado y empiezas la segunda, y apenas te quedan recuerdos.

Ahora sueles pelearte con los de tu zona. Hay que luchar para hacerse respetar, no necesitas matar cuantos encuentres, pero sí que no te miren mal. De todas formas, debes aprender a cazar, porque tu madre ya ha muerto y el hambre suele hacerte llegar a la tercera vida algo escuálido...

Las siguientes vidas las pasas aprendiendo a huir de los perros. Algunos de ellos son bastante tenaces en lo que a la persecución se refiere. Pero una vez llegado a la sexta vida, tus saltos y tu agilidad son un verdadero problema para ellos.

Esta vida la perderás, seguramente, por tu propia culpa. El sentirte experimentado te puede provocar demasiada confianza. Un coche, una trampa, el veneno amarillo de las calles...

No creo que recuerdes estas palabras cuando estés viviendo tu última vida, pero te advierto que hay una mujer vieja que siente especial predilección por los gatos viejos, sucios, ajados y con pulgas; y sus caricias tienen tacto de lija.

II

Sedienta de vicio, la Insaciable viene a pedirle a la vieja lo que acalla sus gritos interiores. A la vieja que da de comer al enorme parásito que la mujer lleva dentro. La

bruja lo ceba cada madrugada, porque entonces ruge, y ella sufre su hambre. Está maldita. Lo único bueno de las maldiciones es que, en cualquier momento, puedes elegir morir. Yo, en mi celda, sólo puedo soportar la angustiada verdad de seguir viviendo.

La bruja hurga entre los pliegues de su túnica y los de su piel para sacar a la luz de un candelabro un frasquito con un aplicador. De nuevo, la sed de la otra enfurece al oler el frasquito. Más de una vez reprimió el intento de arrebatárselo, bebérselo de un trago y olvidar. Pero ahora espera, paciente.

La vieja deposita en la punta de su lengua dos viscosas gotas negras. El parásito se revuelve, come, crece y calla.

La Insaciable se marcha, plácida, escuchando a los grillos. La vieja se retira para escuchar su concierto privado.

La vieja tiene a su servicio un violinista que toca las más macabras melodías. Todos los inquilinos de las celdas acompañan al violín con sus gemidos quedos de angustia. De vez en cuando se oye un alarido agudo y desgarrado procedente de una celda, y el violín, bajo los efectos de un encantamiento, suena aún más pavorosamente. Los gatos, con enormes ojos sin párpados, acuden desde distintos lugares para rodear al músico. Nada más terminar la canción, los gatos saltan sobre él y le arañan. Ríos rojos recorren tuberías de grietas centenarias haciendo más fácil nuestra vigilia, la de los cautivos que, si no han sufrido bastante, pueden intentar pensar...

La canción ha cesado por fin, los tímpanos me duelen, pero ahora callan hasta los grillos impertinentes. A lo mejor me duermo con el sonido de las gotas...

Estoy oscilando, sentado sobre mis piernas, con las manos en las rodillas. Sudo mucho, y lamento no estar cerca de la pared. Parece que "algo" quiere que me recueste en el suelo. O quizá soy yo mismo. Me acuesto. Hay un gato detrás de la reja de la ventana, mirándome. Tiene los ojos muy grandes.

Es extraño. Parece como si no estuviera "suficientemente" echado, como si necesitara abrazarme al suelo con todo mi cuerpo, incluso con mis ojos. Tengo miedo. Intento levantarme, pero sólo consigo volver la cabeza a un lado y presionar mi mejilla contra la fría piedra. Me hundo. Me estoy arrastrando pendiente abajo hacia los fondos de un abismo...

Frío y humedad en mis palmas cuando, aturdido y débil, llevo mi cuerpo hasta un intento de pose lánguida. De inmediato, mis rodillas fallan. Inconsciencia y pinceladas de malos sueños...

...de gusanos y desgarros, la mujer está siendo consumida. Babea y mira al vacío, debatiéndose. Pronto no será...

Casi veo. Saliendo de la pesadilla, en un intento vano de vigilia serena, casi veo mi mano. Descubro que la celda y el tiempo la han vuelto afilada y agrietada, casi veo mis uñas. Una especie de alegría melancólica envuelve mi boca, y sonrío. Hay algo más que malos sueños.

La mujer, que ya no es, se resiste a abandonar el castillo. La oigo rondar por los pasillos, la oigo caminar portando al enfermizo parásito, que es quien la mueve. Encontraré mi celda, creo que tiene hambre. La espero con los ojos cerrados, ya no me gusta mirarme, consumido por el hambre y degenerado por la locura.

Es extraño. Necesito abrazarme al suelo con todo mi cuerpo, incluso con mis ojos. Tengo miedo. Presiono mi mejilla contra la fría piedra. Me hundo. Me estoy arrastrando pendiente abajo hacia los fondos de un abismo...

III

Te dije que te no te acercaras a ella, ya has probado su tacto de lija: ahora tampoco tú tienes párpados. Pero no te preocupes. Somos viejos, ajados, con pulgas; pero nos cuidará, a nosotros y a los demás. Todas las noches hay concierto.

Está amaneciendo. A lo lejos, se escucha el lamento de un gato, y el amanecer ya no es el mismo. Aquel aullido, de alguna manera, me *despierta*. ¿Despertarme de qué? Del sueño sin lamentos del gato, que me despierta. La luz y la calma han exterminado todos los grillos, ya no hay maullidos. En el fondo ya no hay fondo, y vuelta a empezar, y vuelvo a escuchar al gato llorar...

Hay algo más que sueños...

Pronto no será...

IV

Cuando pierden el sentido del tiempo, el habla, la vista, la cordura... Los saca de su celda y les da el violín. Míralo ahora, completamente ido, tocando para ella. No sabe que le observamos, aguardando.

La canción aún no ha terminado, y veo que ya has sacado las garras. No te impacientes: a ella no le agrada que nos precipitemos. Disfruta de la música.